

## LOS NUESTROS

FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS

**Don Pedro Pablo** Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, décimo Conde de Aranda, es probablemente el político más importante del siglo XVIII y el hombre que pudo cambiar, si se le hubiera hecho caso, la historia de España, de América y del mundo moderno. Sin embargo, es también uno de los personajes más vilipendiados y manipulados de la Ilustración española, que representa en su autenticidad y con todos sus matices. Se le considera fundador de la masonería española, pero no hay la menor prueba de que perteneciese a unas logias que ni siquiera existían en España.

Se le tiene por gran amigo de Voltaire, que sólo trató de venderle relojes, también de D'Alembert y los enciclopedistas franceses, que lo halagaron por puro interés y cuyos halagos falsos fueron la base de su estúpida condena por Menéndez y Pelayo. Se le achaca la expulsión de los jesuitas, episodio en el que fue obligado espectador como presidente del Consejo de Castilla, pero poco entusiasta porque hasta tenía un hermano de la Compañía. En fin, su figura y su obra, pese a los recientes trabajos biográficos de Olaechea y Ferrer Benimeli, siguen siendo mal conocidas o, simplemente, olvidadas.

Aranda fue, por encima de todo, un militar. Como aristócrata aragonés, nacido en el castillo oscense de Siétamo el 1 de agosto de 1719 y muerto en su casa de Epila el 9 de enero de 1798, tuvo el honor de servir a cuatro reyes: Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV. Ninguno de los grandes políticos ilustrados, de Patiño y Ensenada a Floridablanca y Campomanes, sus dos grandes rivales, ostenta una hoja de servicios a la Corona y a España como este desgarrado estrábico, narigón de sátira, devoto del tabaco y gran amigo del rape, que elevó la terquedad a condición diplomática e hizo de la Razón y las Luces casi una religión. Con un carácter vesubiano y jefe durante décadas del Partido Aragonés, lo fue hasta la caricatura. Que nunca le faltó.

A los nueve años marchó a Italia con su padre, que mandaba el regimiento Inmemorial de Castilla. Estudió en Parma y Bolonia lenguas clásicas y modernas, ciencias y letras. Escribía en español, francés e italiano, tenía la devastadora ironía aragonesa de su familia y era mujeriego, extrovertido y revoltoso. A los 17 años se escapó del colegio para alistarse voluntario en el ejército, a las órdenes de su

## EL CONDE DE ARANDA

Dura su vida (1719-1798), sirvió a cuatro reyes

/ Rescatado de un montón de cadáveres tras

la batalla de Campo Santo y revivió / Casanova

fue admirado suyo / Godoy lo procesó y encarceló

## La Ilustración Armada

padre. Ganó grados y honores en primera línea y murió oficialmente el 8 de febrero de 1743, tras la batalla de Campo Santo contra los austriacos. Un asistente lo rescató del montón de cadáveres y revivió. Desde entonces fue carne de leyenda. Felipe V lo nombró Gentilhombre de Cámara.

Cumplida la edad crucial, los 33, Aranda recorrió Francia, Austria y Prusia, donde, según leyenda improbable, Federico II le regaló la música de la Marcha Real, luego Himno Nacional. Se achaca a influencia prusiana su idea del ejército, del comercio. Pero América era española, no prusiana, y Aranda fue quizás el mayor americanista del siglo.

En 1755, con 36 años, Aranda parece haber llegado a la cumbre: Grande de España, teniente general, director de Artillería y lo máximo: Collar de la Orden del Toisón de Oro. Pero era el comienzo.

Inició una profunda reforma del arma de Artillería e Ingenieros traduciendo

todas las obras nuevas de Europa y creando una Real Sociedad Militar de Matemáticas en Madrid. Además de las nuevas aplicaciones de la Física y la Química introdujo la gran novedad de los globos aerostáticos. Favoreció decisivamente la Academia de Bellas Artes de San Fernando y presidió el tribunal que depuró las responsabilidades por la pérdida de La Habana. Cuando España la recuperó, rehizo por completo Cuba, dándole la fisonomía que dura hasta hoy.

Nombrado Capitán General de Valencia y Murcia, trabó amistad con Mayáns; arregló el problema de los suministros; trazó grandes proyectos de reforma de la agricultura y las comunicaciones, como el plan de trasvase Tajo-Júcar; fundó Águilas y otras poblaciones, y mejoró, de tal manera el orden público que, al estallar el motín de Esquilache y huir de Madrid Carlos III, fue llamado a Madrid para repetir la hazaña.

Empezó echando a los clérigos que vagabundeaban durante años por Madrid pretendiendo en Corte, plaga ya reprimida en tiempos de Felipe II y que formaba un cuerpo de revoltosos casi profesionales para motines y algaradas, junto al ejército de mendigos que acampaba a la sombra de los religiosos. Para olvidar la tensión, creó los mejores bailes de máscaras de Europa, que maravillaron a Casanova, admirador de Aranda.

A él le debemos precisamente el Jardín Botánico, el Retiro y el Prado. Sacó a Juan de Villanueva del ostracismo en que lo tenía Sabatini y le encomendó la conversión de un desmonte para verbenas y jergas de navaja en el centro social y artístico del Madrid moderno, con soberbios resultados.

Aunque Aranda se vio a sí mismo como militar y sólo en segunda instancia político, Carlos III y sus ministros italianos, sobre todo Grimaldi, lo mandaron fuera de España, «esclavo con grillos de oro», haciéndolo embajador en Lisboa, Varsovia y París. Le costó mucho dinero representar al Rey y a España con la dignidad necesaria, que para él siempre era poca.

**Rodeado de prestigio** tras la Paz de Versalles, propuso al rey un plan para América que realmente hubiera cambiado nuestra historia, muy para bien, y la de toda América. Tras la independencia de los Estados Unidos, diseñó un plan que convertía al rey de España en emperador y otorgaba a infantes españoles tres reinos: México, Perú y Tierra Firme. España sólo conservaba Cuba y las islas necesarias para el comercio en el Caribe y América del Sur. Esos tres reinos, con el de España, formarían una confederación cuyos príncipes y princesas deberían casarse entre sí y mantener una férrea alianza. Una y otra vez defendió Aranda su proyecto, pero sin éxito. Como se veía venir una catástrofe como la de Trafalgar, que dejó inerte a la América hispana, Aranda llegó a pensar en el intercambio de Perú y Chile por Portugal para fortalecer la España peninsular y crear un imperio suramericano que compensara el anglosajón del norte. Ni caso.

Sus últimos años fueron un calvario. No quiso hacer la guerra a la Francia revolucionaria porque temía la ruina española. Godoy lo procesó y encarceló. A su muerte, lo sucedió en el Toisón de Oro. Ese cambio simboliza perfectamente el desastre que aguardaba a España. Y a América.



## POLOS OPUESTOS

### Ricardo Corazón de León / Juan Sin Tierra

IGNACIO MERINO

Ricardo Corazón de León fue rey de Inglaterra, aunque algunos españoles piensen que lo fue de aquí, y Juan Sin Tierra también, a pesar de que tienda a creerse que es un personaje sacado de algún cuento. De hecho eran hermanos, hijos del siglo XII y de la pareja formada por Enrique II y Leonor de Aquitania.

Aparte de su padre, que ya desde jovencito dio muestras de un carácter imposible, tuvieron que soportar las conspiraciones y reprimendas de aquella mujer tremenda, la heredera más rica en la Europa de su tiempo, que fue Leonor, y desenvolverse con los medios acostumbrados para acceder al trono en la Inglaterra tosca y medieval: pelear entre ellos. Incluso matarse, como

le sucedió al hijo mayor, traspasado por una flecha.

Ricardo goza de poco prestigio en Inglaterra, al contrario que en España donde se le consideraba un héroe mítico por su dedicación a la III Cruzada. Lo cierto es que no le gustaba su patria y en los 11 años que duró su reinado apenas la pisó uno. Meses después de ser coronado se unió a Felipe Augusto de Francia.

Pronto chocaron sus personalidades. Ricardo impetuoso y fogoso, Felipe activo y distante, y los dos amigos de la infancia, compinches coronados, no pudieron resistir la igualdad ante los ejércitos, siempre puesta en tela de juicio por ser el soberano inglés vasallo del francés, como titular de Aquitania, Normandía y el Limousin. Ricardo se quedó solo y consiguió resonan-

tes victorias en Palestina, gracias al fervor de sus tropas, pero no se atrevió a atacar Jerusalén. Vuelto a Europa, pasó por Austria y fue apresado por haber insultado al duque Federico, aunque la leyenda asegura que fue a reunirse con el príncipe heredero, que era su amante.

Tal era la ferozidad sexual de aquel corazón ardiente que a ella se debió una de sus mayores derrotas. Los otomanos sabían que los sábados por la noche el campamento cristiano se convertía en una orgía de vino y lujuria. Sólo tuvieron que atacar el domingo temprano. Un año de prisión, el pago de una suma astronómica por su rescate y la fama de sus amores socráticos, le indispusieron con su pueblo. Su hermano Juan aprovechó estas circunstancias y ante la ausencia del preso se proclamó rey. Le llamaron Sin Tierra (*Lackland*) porque su padre lo excluyó del testamento, a pesar de haber sido su favorito. Pero era tan mendaz y tai-



Rey Ricardo.



Juan Sin Tierra.

mado, tan enrevesado y cruel, que el viejo Enrique prefirió al idealista Ricardo. Cuando Corazón de León volvió, desposeyó a Juan, castigó a sus partidarios y trató de enderezar las cosas del reino que andaban muy revueltas desde que un joven caudillo, Robin Hood, había reunido una partida de desheredados para cazar furtivamente en los bosques reales, dar de comer al pueblo hambriento y defenderlos de los poderosos.

La leyenda dice que Ricardo se entrevistó con él y ganó el corazón del joven héroe, a cambio de que lo apoyara. En 1199 murió el nuevo Aquiles inglés de un flechazo, en el sitio de Chalus. Como no tenía hijos, le sucedió su hermano Juan, quien se dedicó a hacer la guerra a todo el mundo y a perder batallas. Su mayor mérito consiste en haber firmado la célebre Carta Magna inglesa. Eso sí, con varias espadas de los barones amenazándole el cuello.